

Filosofía contemporánea

Lenguaje, mente
y moralidad

Ensayos en homenaje
a Mark Platts

**Gustavo Ortiz Millán
y Juan Antonio Cruz Parcero**
(compiladores)



ÍNDICE

Prólogo	5
GUILLERMO HURTADO, Mark Platts: moral, ironía y verdad.....	11
BARRY STROUD, Sendas del significado y del conocimiento de las realidades morales.....	17
RALPH WALKER, Platts sobre Kant y Mandeville.....	35
JORGE L. GARDEA PICHARDO, Problemas de atribución de responsabilidad: desconsideración, negligencia e ignorancia	55
GUSTAVO ORTIZ MILLÁN, Dirección equivocada. Problemas del concepto de dirección de adecuación...	79
CARLOS PEREDA, El holismo como un correctivo práctico.....	113
JAMES GRIFFIN, La igualdad como fundamento de la ética.....	135
RODOLFO VÁZQUEZ, ¿Inflación o deflación de derechos?	151
JUAN ANTONIO CRUZ PARCERO, El debate sobre el abuso del concepto de derechos humanos	165
LARRY LAUDAN, ¿Convergencia o divergencia en la evolución de los derechos (penales)? Estudio de un caso de las múltiples incoherencias de la presunción de inocencia	187

ÍNDICE

SAMUEL PONCE DE LEÓN, La enfermedad como parábola	209
CARLOS BONFIL, Seropositividad y conductas de riesgo .	217
LUISA ROSSI, Invasiones bárbaras	225
ARNOLDO KRAUS, Tecnología y medicina	237
ALEJANDRO BRITO, El sida y la propensión a moralizar una enfermedad.....	241
PAUL SNOWDON, Wittgenstein sobre el seguimiento de reglas: algunos temas y algunas reacciones	253
JIM HOPKINS, Neurociencia kantiana e interpretación radical: <i>Sendas del significado</i> en el cerebro bayesiano...	281
OLBETH HANSBERG, Razones emocionales.....	331
MARK PLATTS, Reflexiones y réplicas.....	347
a) Guillermo Hurtado sobre filosofías analíticas....	347
b) Barry Stroud sobre el significado y la trascendencia de los valores	351
c) Ralph Walker sobre una tentativa de alianza dentro de la filosofía moral.....	357
d) Jorge L. Gardea Pichardo, sobre responsabilidad y modos de actuar.....	364
e) Gustavo Ortiz Millán y Carlos Pereda sobre la dirección de la mente	369
f) James Griffin sobre la ética de la igualdad	377
g) Juan Antonio Cruz Parceró, Larry Laudan y Rodolfo Vázquez sobre los candidatos a ser derechos humanos	382
h) Carlos Bonfil, Alejandro Brito, Arnoldo Kraus, Samuel Ponce de León y Luisa Rossi sobre sida y ética	394
i) Prolegómenos de Paul Snowdon a Wittgenstein y el seguimiento de reglas	411
j) Jim Hopkins sobre teorías del significado, la mente y el cerebro	417
k) Olbeth Hansberg sobre emociones y razones	423



ÍNDICE

MARK PLATTS, Comentarios finales: vida filosófica	429
GUSTAVO ORTIZ MILLÁN Y JUAN ANTONIO CRUZ PARCERO, Entrevista con Mark Platts.....	439
Sobre los autores	469
Índice onomástico	473

SEROPOSITIVIDAD Y CONDUCTAS DE RIESGO

CARLOS BONFIL

La historia es harto conocida, pero pasará mucho tiempo antes de que sea ocioso repetirla. El 3 de julio de 1981 el diario *The New York Times* mencionaba la aparición de una extraña forma de cáncer detectado en 41 homosexuales en Nueva York y California. Cuatro semanas antes, el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades de Estados Unidos había notificado el brote de una neumonía atípica en Los Ángeles que afectaba a la población masculina. Lo que en un inicio se percibió como una amenaza concentrada en una minoría sexual, en poco tiempo adquirió las proporciones de una epidemia contagiosa que diezmaba a diversos sectores de la población, y años después, las de una pandemia que de modo creciente afectaría al resto del planeta. A treinta años de su aparición, el sida es una hecatombe sanitaria que ha cobrado la vida de 25 millones de individuos, con un registro actual de otros 34 millones de personas infectadas.

Quince años después del inicio de la epidemia, la comunidad científica anunció el hallazgo terapéutico más trascendente: el tratamiento del virus que causa el sida con medicamentos antirretrovirales de alta eficacia, los cuales permiten controlar la infección, reducir a niveles indetectables las partículas virales en la sangre y, se sabe ahora, reducir al mínimo las posibilidades de que las personas tratadas transmitan el padecimiento. En los últimos años estas terapias han salvado cinco millones de vidas —un fenómeno conocido como síndrome de Lázaro— y mejorado sustancialmente la calidad de vida de los afectados bajo tratamiento. La terapia global de las personas infectadas busca reducir al máximo las posibilidades de transmisión viral, con una eficacia similar a la del uso del condón. Esto no sería

el inicio de una cura aún distante, pero sí el equivalente de una vacuna que permitirá el control racional de la pandemia.

Esta revolución terapéutica tuvo hace veinte años una prefiguración poética en la ficción cinematográfica. Al final de la película *Juntos para siempre* (*Longtime Companion*, 1990), del estadounidense Norman René, director seropositivo ya fallecido, un grupo de amigos que habían visto caer sucesivamente a otras personas cercanas las vislumbraban de regreso a la vida en una playa y sellaban el encuentro con un largo abrazo. La cinta de René fue tal vez la única profecía sonriente que el cine reservó a las personas con sida a lo largo de un cuarto de siglo. El resto fue, con pocas excepciones, tremendismo y melodrama, advertencias y regaños moralistas, evasión y silencio por buena parte del llamado cine gay, pero sobre todo pasmo ante el impacto de la tragedia. La primera película sobre el tema fue el telefilm estadounidense *An Early Frost* (*Diagnóstico fatal: sida*, 1985), de John Erman, una narrativa preocupada más sobre el dolor de los padres que por la suerte del joven afectado. A este primer registro helado de una moral consternada siguió una película emotiva y más generosa, estelarizada por el joven Steve Buscemi, *Parting Glances* (*Miradas de despedida*, Bill Sherwood, 1985). Este cine de ficción insistía en el impacto dramático de la epidemia sobre los amigos y familiares de las personas clínicamente desahuciadas, y sobre las consecuencias letales de la promiscuidad sexual, aludiendo apenas al combate de una comunidad gay que se organizaba y se oponía al desdén oficial y al prejuicio generalizado. Hubo que esperar algunos años para tener los documentales militantes de Rosa von Praunheim (un título elocuente: *Un virus no sabe nada de moral*, de 1986 y la trilogía *Positiv*, de 1990), y en el cine comercial la cinta parteaguas que fue *Filadelfia* (1993), de Jonathan Demme, un eficaz y sorprendente alegato contra la discriminación y la homofobia que confería al paciente terminal de sida el rostro popular y humano de Tom Hanks, como ocho años atrás había tenido ya, en la realidad, la célebre fisionomía de Rock Hudson. *Filadelfia* significó el deshielo y el ingreso formal de la temática al cine de las mayorías. Un año antes, la película francesa *Las noches salvajes* (*Les Nuits fauves*), de Cyril Collard, declinaba en primera persona y con un aplomo ejemplar la

condición del artista seropositivo. Otro tanto hacía el británico Derek Jarman, aludiendo de modo indirecto en *Edward II* (1991), y de modo frontal en *Blue* (1993), a la tragedia de la que él mismo era protagonista.

Son pocas las ocasiones en que los propios afectados han tomado la palabra en el cine para describir el padecimiento mortal y sus consecuencias directas en sus vidas y en las de quienes los rodeaban: sus dilemas morales, sus dudas y sus angustias, y su actitud muy personal e íntima, a menudo inconfesable, frente a lo que muy pronto se llamó, en el terreno de las prácticas sexuales, las conductas de riesgo.

Hace poco más de veinte años, el cine europeo propuso de forma novedosa una ficción sobre el sida en primera persona. En medio de un clima social particularmente hostil, donde el estigma y la discriminación obstaculizaban la expresión individual de la vivencia de la seropositividad, había un antecedente importante, una gran revelación mediática: un primer testimonio, el del escritor francés Jean-Paul Aron, rompió el silencio y derribó los primeros tabúes. Su confidencia íntima, escuetamente titulada "Mi sida" ("Mon sida"), provocó una encendida polémica en las páginas del semanario *Le Nouvel Observateur*, el 30 de octubre de 1987. Ése fue un simbólico punto de partida para que artistas e intelectuales directa o indirectamente afectados por la epidemia juzgaran conveniente una suerte de salida del clóset y afirmaran su compromiso con el combate que juzgaban insoslayable. En ese texto, Aron hace declaraciones que uno supone difíciles: "No quería admitir que estaba amenazado por el sida y que yo era una amenaza para otras personas. Debo reconocer que tuvo que pasar cierto tiempo para que adoptara precauciones en el acto sexual, y sólo acepté hacerme la prueba cuando tuve la primera alerta."¹ De modo más íntimo aún: "Tal vez fue una locura, tal vez fue inautenticidad, pero nunca me sentí homosexual. Sólo la enfermedad me obliga hoy a aceptar que existencial y socialmente pertenezco a esa categoría."² Más adelante, en 1990, en un libro decisivo marcadamente autobiográfico y escrito en clave, *Al amigo que no*

¹ J.-P. Aron, "Mon sida", *Le Nouvel Observateur*, no. 1199, 1987, pp. 126-131; la cita es de la p. 129.

² *Ibid.*, p. 131.

me salvó la vida, el escritor Hervé Guibert narra la enfermedad de su amigo Mauzi (nombre que apenas disimula al filósofo Michel Foucault) y el modo en que el propio Guibert se descubre seropositivo. Esto rompe todavía más el silencio en Francia y prepara a la opinión pública para expresiones cada vez más abiertas de la experiencia de la seropositividad a través de las artes audiovisuales.

En 1992, a una década del inicio de la epidemia, cinco años después del testimonio de Aron y a sólo dos años de la publicación del libro de Guibert, se estrena en Francia la cinta *Las noches salvajes*, de Cyril Collard, cuyo éxito es inmediato. Un año después, el realizador falleció a los 36 años a consecuencia del sida. Collard había escrito la novela de la que se desprende fielmente su película, y en ella, aparte de dirigirla, se reserva el papel protagónico. En la versión fílmica, suerte de incursión en el territorio urbano de la seropositividad, Collard interpreta a Jean, un joven bisexual de treinta años, dividido entre el deseo sexual por su amigo Samy y la vacilante infatuación amorosa por Laura (Romane Bohringer), una adolescente de diecisiete años a la que por un descuido mutuo cree haber contagiado. Laura puede comprender y aceptar la inclinación homosexual de su nuevo compañero, presionarlo mediante histéricas escenas de celos para que abandone a Samy, utilizar, en fin, la seropositividad compartida como un chantaje sentimental aparentemente eficaz. Lo que es incapaz de lograr es que Jean abandone su estilo de vida, su afirmación vital expresada en la práctica absorbente —y para ella incomprensible— del ligue anónimo callejero. Su repliegue en el individualismo es para ella un escándalo mayor. Una originalidad de la cinta es la presentación del deseo erótico sin la carga inútil de otros adjetivos. Los personajes de Collard desconocen las clasificaciones que, en materia de orientación sexual, elaboraban laboriosamente las generaciones anteriores. *Homo, hetero, bi* son para ellos prefijos ociosos que sólo interesan a los burócratas de la regulación sexual y a la jerarquía eclesiástica. Sin noción de culpa o de pecado, al menos sin sus expresiones más evidentes, sin un discurso humanista de último momento y sin la coartada de una salvación celestial descartada como improbable, Jean ofrece la experiencia de la seropositividad como

el disfrute inalienable de una liberación. En su momento esta postura desafiante, que muy rápido y de modo tal vez precipitado se juzga amoral e irresponsable, irrita y seduce a un buen número de espectadores que se asoman, conmovidos y escandalizados, al espectáculo que el realizador brinda de sus experiencias sexuales como enfermo terminal, dueño aún de un físico atractivo y de un innegable poder de seducción. Las escenas memorables del filme incluyen un ritual de ligue anónimo, multitudinario, en la oscuridad cómplice de un hangar abandonado en las márgenes del Sena. Una escena anterior transcurre en un hospital, otra más en un lecho de amor. La cinta es caótica, deliberadamente descuidada, y en esto reproduce, como una instantánea tomada al vuelo, la propia personalidad del intérprete-cineasta que comienza a mirar de lejos un cuerpo cada vez menos suyo y a asumir con feroz intransigencia su nueva autonomía moral. Esta manera de asumir plenamente la conciencia de su identidad como portador del virus, como una amenaza latente, dueño del poder de propagar el mal o de contribuir a prevenirlo, lo conduce a extremar sus precauciones con su amante femenina, a reparar el posible daño causado por la ligereza compartida y a evitar la réplica indeseada. En una escena clave, el virus es también un arma inesperada. Al descubrir Jean que su amigo Samy se ha vuelto un fascista golpeador de trabajadores extranjeros clandestinos, defiende a una de las víctimas abriéndose una herida en la mano para amenazar con su sangre contaminada a los *skin-heads* y a su antiguo amante, para disuadirlos, de ese modo, de proseguir su agresión violenta.

A casi dos décadas de haber filmado Cyril Collard esta película y de exponer en ella el conflicto moral del personaje Jean, seropositivo bisexual agobiado no sólo por la incertidumbre de la evolución de su enfermedad, sino por la posibilidad muy real de haber infectado a su pareja, una joven de diecisiete años, perdidamente enamorada de él y dispuesta a asumir y compartir con él la misma enfermedad, a condición, claro, de ser afectivamente correspondida; a casi veinte años, pues, de que el cine planteara este dilema, cabe hoy preguntarse de qué modo el acceso a terapias altamente eficaces, que en los países desarrollados convierten una enfermedad antes

mortal en un padecimiento crónico muy controlable, ha contribuido a modificar en las poblaciones más afectadas por la epidemia la percepción del riesgo y a incrementar la práctica del sexo desprotegido.

Cuando a finales de los años ochenta se plantearon en Nueva York y en San Francisco políticas públicas de disuasión tan controvertidas como el cierre de los baños públicos, los cuartos oscuros en los bares gay y otros lugares de encuentro sexual anónimo, con el propósito de frenar la expansión de la epidemia, era difícil imaginar que una década después las conductas de riesgo no sólo *no* se verían sustancialmente desalentadas, sino que conocerían un auge sorprendente. Muchos jóvenes transformaron de manera radical sus estrategias de encuentros sexuales y con ello su propia percepción del riesgo. Los baños de vapor y los cuartos oscuros fueron identificados como simbólicas reliquias de un pasado donde culpa y clandestinidad iban de la mano. Eran otras las generaciones que aún encontraban motivo de excitación en la idea de transgredir los valores tradicionales. Lo más novedoso y excitante para muchos jóvenes era ingresar, sin plantearse demasiadas preguntas, en un mundo de consumo inmediato y de interacción sexual instantánea por vía del chat, internet o el *sexting*, por los mensajes de celular o tuiteando sus ofrecimientos y solicitudes sexuales. Esta rápida circulación por las carreteras virtuales muy pronto favoreció la práctica de una sexualidad con riesgos plenamente asumidos, la práctica del *bareback sex* o sexo a pelo, donde rechazar el uso del condón se volvía la forma más elocuente de ofrecer un placer sexual intensificado. La práctica de este sexo deliberadamente desprotegido comenzó a tener una fortuna inusitada en internet y en la multiplicación de chats eróticos.

De modo paradójico, justo en los momentos en que la comunidad gay empezaba a conquistar nuevos espacios de visibilidad social y tolerancia, cuando se conquistaba el derecho a las sociedades de convivencia, al matrimonio y a la adopción, y se volvía algo común hablar de familias ampliadas y de una creciente diversidad sexual, se dio el regreso a una clandestinidad y a un anonimato que recordaban, con claves nuevas, el mundo que describe Cyril Collard en su novela autobiográfica y en su película. Una investigación del suplemento

Letra S, publicada a finales de 2008, señala la extensión del problema:

El sexo realizado deliberadamente sin protección (práctica conocida como “montar a pelo” o *bareback*, su equivalente en inglés) va en ascenso. 48 por ciento de los usuarios de un sitio de internet estadounidense se declararon a favor del *bareback*, mientras que en México una encuesta realizada por la Agencia de Noticias sobre Diversidad Sexual y el Centro de Investigaciones Sociales Interdisciplinarias, muestra que 62 por ciento de los gays encuestados saben de la práctica y que 50 por ciento tiene algún amigo o conocido que lo practica.³

a lo anterior se añade la curiosa fetichización del propio virus que los practicantes del *bareback sex* suelen hacer en sus mensajes, donde se le denomina como un “regalo” que el seropositivo, donante, ofrece al supuesto seronegativo dispuesto a recibirlo gustosamente, asistimos a una banalización absoluta del concepto de riesgo sexual y sus implicaciones éticas. El discurso de la responsabilidad moral se enfrenta al reto de entender y explicar coherentemente una actitud que ya no se concibe a sí misma como una transgresión a la norma establecida, actitud muy en boga en décadas pasadas, sino como lo que el profesor estadounidense David Halperin describe como la atracción que supuestamente sienten algunos homosexuales por el placer de la abyección, algo presente ya en la literatura de Jean Genet, algo también estudiado por la teoría *queer*, y que intenta dilucidar la fascinación perversa que existe en la posibilidad de ser infectado por el VIH. Lo que Halperin señala también es que ante la falta de un discurso coherente en materia de políticas de reducción de riesgo del VIH/sida y “las particulares, catastróficas, consecuencias de la estrategia miedosa, poco realista y anticuada, de *eliminación de riesgo*” en los discursos oficiales, habrá que entender que “la abyección bien puede ponerle nombre a la situación social que nos fuerza, para sobrevivir, a resistir la aplastante carga de vergüenza, a adquirir placer de nuestra exclusión y transmutar el recha-

³ O. Salvador, “*Bareback: sexo entre hombres a contracorriente*”, *Letra S: Salud, Sexualidad, Sida*, no. 149, 2008, pp. 4-5, la cita es de la p. 4.

zo hacia la glorificación”.⁴ Concluye el estudioso de Harvard que entender este mecanismo insólito, presente en las conductas de riesgo, podría tener implicaciones para una prevención realmente efectiva del VIH, lo cual debería ser un tema de discusión, ética y social, ciertamente insoslayable.

⁴ D. Halperin, *What Do Gay Men Want? An Essay on Sex, Risk, and Subjectivity*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2007; las citas son de las pp. 99 y 85-86.